

que suelen acompañarlos en la práctica forense. Las facilidades para la oralidad, tal como la entiende el autor, se nos ofrecen en multitud de cánones del vigente *Codex*. Basta ver, por ejemplo, los cans. 1640; 1707 § 2; 1727 y 1728; 1742 y 1743; 1749; 1754; 1760; 1762; 1767; 1770 y 1771; 1775-1777 y 1780; 1808-1810; 1841; 1869 § 3 y 1870-1871; los arts. 194 y 201 de la Instrucción *Provida Mater Ecclesia* (15.VIII.36). Pero basta que se den también otros cánones que faciliten demoras y rupturas de preclusiones, como, por ejemplo, los cans. 1773 § 1; 1782 y 1786; 1861 y 1869 § 2, para que el proceso se paralice o distorsione. Esos mismos preceptos, en cuanto proporcionan poderes optativos al juez y no imponen deberes para la sumisión, resultarán ocasión propicia para que la conducta procesal quede ordenada, según debida legalidad, por el juez, pero como si el proceso canónico quedara condicionado, en su desenvolvimiento, bajo el principio más riguroso de escritura y de iniciativa plena de partes. Surgen, entonces, incidentes siempre suspensivos de la cuestión procesal, dilaciones imprevisibles sea por la admisión de medios de pruebas propuestos tardíamente sea por carecer la sentencia de plazo riguroso para su pronunciamiento; se acude con frecuencia al Auditor para recibir la prueba, se suspenden una y otra vez los actos de comparecencia, y se rebasan con facilidad los límites temporales máximos, dentro de los cuales se han de desarrollar las diversas instancias, se prorrogan siempre los plazos judiciales. La falta de impulso *ex officio* termina con el ritmo progresivo del avance procesal.

Ante tantas posibilidades de perturbación de la buena marcha del proceso, recuerdo a Fairén cuando señala que el problema oralidad-escritura «no sólo depende de factores técnicos-procesales... sino también de otros, como son la idiosincracia y la educación social y política y jurídica de los individuos y de los pueblos». A estos defectos señalados se añade, en el proceso canónico, el de la permanente inseguridad que ofrece la sentencia definitiva, aunque haya adquirido firmeza, por la excepción que ofrece a la cosa juzgada material el can. 1903, como tuvimos ocasión de tratar en esta misma Revista, «Ius Canonicum», hace algún tiempo.

En conclusión, cabría decir, a nuestro juicio, que el gran defecto del proceso canónico no es el que sea oral o escrito, sino que, independientemente de las ventajas e inconvenientes que uno u otro principio ofrecen, reside en la falta de rigor formal, lo cual le proporciona tal flexibilidad, que lo hace un instrumento, a veces, no suficientemente eficaz y conclusivo, exigente para que el deber de diligencia sea bien observado por todos los que en él actúan, sea por oficio público, como partes interesadas, o como representantes y asesores técnicos de éstas.

Todo esfuerzo que se haga para el perfeccionamiento del proceso canónico merece la pena de que se ponga en ejercicio. El trabajo de Nicora ofrece conclusiones válidas, aunque el conjunto no carezca de

cierta idealización del principio de oralidad, pero tarea de la ciencia no es sólo conocer la realidad tal como se produce, sino también buscar y mostrar los caminos para superar sus deficiencias. Desde este punto de vista, Nicora ha cumplido con su obra una esforzada tarea, y con el estudio por él llevado a cabo una verdadera tarea científica.

Trabajos como el comentado no dejan de influir en las posibles reformas de la legislación positiva del futuro. Sobre todo, influirá en la formación de un estado de conciencia que mueva al menos a que el proceso canónico sea objeto de la atención cuidadosa del legislador, y pueda terminar convirtiéndose en ese instrumento adecuado que realmente, con los medios aptos para conocer la verdad y en un tiempo ajustado, satisfaga las exigencias de justicia que se presenten en la sociedad eclesiástica.

Carmelo de Diego-Lora

DERECHO A LA DEFENSA EN EL PROCESO CANONICO

KARL-THEODOR GERINGER, *Das Recht auf Verteidigung im kanonischen Prozess*, 1 vol. de 116 págs., «Wiener Beiträge zur Theologie» n.º L, Ed. Dom, Viena, 1976.

Se trata de un trabajo de licenciatura presentado a finales de 1972 en el Instituto de Derecho canónico de Munich, dedicado, como su título indica, al derecho a la defensa en el proceso canónico.

En el primer apartado se estudia el derecho a la defensa en general, que es caracterizado como un derecho fundamental del hombre basado en el Derecho natural. Su contenido primordial es el derecho a contradecir la acción. Pertenece a la esencia del proceso, hasta el punto de que si se niega la posibilidad de su ejercicio no cabe hablar de un proceso propiamente dicho.

En sucesivos apartados va estudiando el despliegue y formalización de este derecho a lo largo del proceso, comenzando por el derecho a la elección de abogado y la primera citación y acabando con la apelación y los remedios ordinarios y extraordinarios contra la sentencia. Se efectúa, en suma, una exposición de todo el proceso canónico, con sus diferentes pasos y elementos, para mostrar que el derecho a la defensa está suficientemente protegido en la legislación canónica. Casi todos los elementos procesales —desde la citación a la discusión de la causa y a la apelación— aparecen como manifestaciones del derecho a la defensa.

La aportación más interesante de este trabajo lo constituye su abundante apoyo jurisprudencial. El derecho a la defensa, como tal, queda un tanto desdibujado, porque al parecer resultó difícil encontrar un elemento procesal que no tenga que ver con el derecho a la defensa. Por otra parte, no se toma en especial consideración el juicio criminal —que es el que más tiene que ver con el derecho a la defensa—, sino que este derecho parece estar omnipresente a lo largo del proceso canónico, sin que el autor aprecie deficiencias en la legislación presente o pasada que acusen falta de protección de este derecho.

José M. González del Valle

DOS MAESTROS DEL DERECHO CANONICO

F. RUFFINI, *Relazioni tra Stato e Chiesa, Lineamenti storici e sistematici* a cura di F. Margiotta Broglio, 1 vol. 313 págs., Società editrice il Mulino (Bologna 1974).

A. C. JEMOLO, *La questione della proprietà ecclesiastica nel regno di Sardegna e nel regno d'Italia (1848-1888)*, 1 vol. 237 págs., Società editrice il Mulino (Bologna 1974).

Estos dos volúmenes, elegantemente presentados por la conocida editorial «Il Mulino», constituyen los dos primeros títulos de la serie «Religione e società», fruto de la importante labor que viene desarrollando el Seminario de historia de las instituciones religiosas y relaciones entre Estado e Iglesia de la Universidad de Florencia. El Seminario viene dando en los últimos años continuas pruebas de laboriosidad y de capacidad de abrir nuevos campos y técnicas de investigación, gracias al vigoroso impulso que viene imprimiendo a sus tareas el Prof. Francesco Margiotta Broglio y su escogido grupo de colaboradores; por ello, se acoge con verdadero interés la aparición de esta serie de volúmenes, que se inicia con los que ahora reseñamos.

El profesor Margiotta Broglio no ha escogido para iniciar la colección trabajos propios o de sus discípulos, sino que ha querido comenzarla con obras de dos clásicos de la Escuela italiana del Derecho eclesiástico del Estado: Francesco Ruffini y Arturo Carlo Jemolo.

Bajo el título «Relazioni tra Stato e Chiesa, Lineamenti storici e sistematici», el Prof. Margiotta Broglio ha recogido lecciones de Francesco Ruffini, procedentes de apuntes cuya reproducción autorizó el maestro, tras haberlos revisado personalmente. Para construir

el volumen, cuya sistemática se inspira fielmente en los planteamientos de Ruffini, se han utilizado apuntes de lecciones dictadas entre 1908 y 1915, así como un capítulo sobre los Acuerdos Lateranenses, procedente de apuntes reproducidos en 1931, año en el que el famoso eclesiasticista renunció a la cátedra, para no prestar juramento de fidelidad al régimen fascista. La última parte del volumen, titulada «Lo Stato e la Chiesa in Italia - Profilo storico», reproduce íntegramente el apéndice relativo al Derecho italiano, que Ruffini redactó para incluirlo en su traducción del «Trattato del Diritto Ecclesiastico Cattolico ed Evangelico» de Friedberg, publicada en 1893.

El Prof. Margiotta Broglio explica en la «avvertenza» (págs. 15-21) los criterios por él seguidos para la selección de los textos y para el trazado de la sistemática de este libro, que nos permite conocer mejor el estilo docente y el talante intelectual de Ruffini.

El libro se divide en cuatro partes.

La primera está dedicada al tema, tan querido del autor, de la «Tolleranza e intolleranza» y en ella se encuadran una síntesis histórica, unas páginas sobre la tolerancia civil en general y en Italia y una breve exposición sistemática sobre la condición jurídica de los disidentes.

La segunda y la tercera parte están dedicadas a los sistemas de relaciones entre Estado e Iglesia. La segunda parte, titulada «Subordinazione e unione», está dedicada al cesaropapismo, el jurisdiccionalismo y la teocracia. La tercera, junto a la exposición de los sistemas de separación y de coordinación, y obviamente encuadrado en este último, recoge el aludido capítulo sobre los Acuerdos de Letrán.

La cuarta parte, a la que ya hemos tenido ocasión de referirnos, constituida por el apéndice a la traducción del Tratado de Friedberg, está fundamentalmente dedicada a las relaciones con la Iglesia de los distintos Estados italianos, antes de la unidad, y se cierra con dos capítulos, que se ocupan, desde la perspectiva de las relaciones Estado-Iglesia, de la Italia liberal y de la Iglesia evangélica valdense.

El volumen comienza con una «premessa» (págs. 9-14), en la que Arturo Carlo Jemolo, con su habitual maestría y con amor de discípulo, traza una bella semblanza de la personalidad de Francesco Ruffini.

La lectura de este volumen resulta verdaderamente interesante. Vemos a través de sus páginas a un maestro, que sabía ser sintético y claro sin caer en la trivialidad y estaba fervorosamente interesado por la materia que enseñaba. Para Ruffini, en efecto, el «grande argomento... delle relazioni tra Stato e Chiesa... (es) una delle più grandi questioni che ha occupato di sé la mente degli uomini in tutti quanti i secoli e ha riempita di sé la storia di tutti quanti i popoli» (cit. por Margiotta Broglio, «avvertenza», pág. 18), «il problema centrale di tutta la politica a di tutta la speculazione pubblicistica dell'Età di mezzo e uno dei problemi capitali anche nell'Età moderna fino, si può dire, ai nostri giorni» (ibid., pág. 16).